

vesó por entre ellos hasta juntarse con Mehmed-Pachá. Entonces la dispersión fué general, y Diakos, como todos, se hubiera podido salvar, si los recuerdos históricos del país en que combatía no se le hubiesen subido á la cabeza, resolviendo sacrificarse, cual otro Leonidas, en aquellos lugares. Sólo con un puñado de cuarenta hombres hizo frente á los turcos, que no se apoderaron de él sino cuando cayó herido, y cuando ya no había á su lado quien pudiera combatir. Sanó de sus heridas Diakos, y terminó su vida, mártir de su patria, en doloroso suplicio, pues murió empalado, habiéndole condenado sus verdugos á llevar él mismo el instrumento de su suplicio al hombro.

Reunidos los dispersos por los dos capitanes que sobrevivieron al desastre, quisieron todavía impedir el avance de los turcos sobre Salona y en esta resolución estaban cuando se les presentó Odyssevs con ciento veinte hombres, resolviendo los tres esperar los turcos en Graviás, encerrándose Odyssevs con cien voluntarios, entre ellos Gouras y Angelis, en el Khan del lugar,—hostería que estaba fortificada,— viniéndose á estrellar contra su heroica resolución Omer-Pachá, que por tres veces dió el asalto, dejando el campo sembrado de cadáveres. En vista, pues, de que era imposible rendir á los allí encerrados, y que sus tropas no querían intentar un nuevo asalto, Omer-Pachá envió por artillería á Zitouni, pero al llegar la noche Odyssevs escapó: sus pérdidas habían sido sólo dos hombres. Este combate dió á Odyssevs una reputación extraordinaria, y al mismo tiempo con su resistencia infundió á los turcos un pavor respetuoso, tanto que ya no trataron de forzar el desfiladero de Amblena para ir á Salona, sino que dieron una gran vuelta, siempre acosados y combatidos por Odyssevs y Gouras. Y estos combates, que parecían otras tantas victorias, dieron su resultado. La Atica se levantó y el día 9 de Mayo los atenienses, alentados por los de Livadia, se pronunciaron encerrando la guarnición turca en el Acrópolis.

Omer-Pachá se vió asaltado todavía en su camino por las tropas que del Peloponeso salieron á las órdenes de Nikitas y Elías Maumichalis, pero Mehmed-Pachá los rechazó, y los turcos pudieron llegar á la formidable fortaleza de Chalkis, que junto con la de Karipto, dominaban la isla de Eubea en donde había ya estallado la insurrección.

Aun cuando en Eubea la insurrección la había preparado de antemano Anthinus Gazis, fueron los marinos los que allí la llevaron. Anthinus había escogido para punto, en donde debía darse el grito, la

península del Pelion, por lo fácil que era comunicar con la armada y procurarse en caso de necesidad una retirada por el promontorio Tisaron, tomando por punto de partida á Trikeri. Así cuando llegaron los buques de Hydra y Spetsia,—17 de Mayo,— á las costas de Trikeri y Arnuyro, Gazis se aprovechó de esa circunstancia para levantar la Magnesia. Despidieron al vaivoda, cayeron sobre los turcos de Lechonia, á quienes destruyeron en número de quinientas ó seiscientas personas, pero entretenida la gente en repartirse los despojos, descuidaron atacar á Volo como aconsejaba Gazis, y cuando lo hicieron por tierra y por mar, recibieron la noticia de la llegada de Mahmud-Pachá de Drama que venía con grandes fuerzas de Larissa.

Mahmud no tuvo gran cosa que hacer para arrojar á los griegos, y con el mismo mal éxito intentaron resistir en Eubea los Trikeriotas, en donde luchaban protegidos por los buques de la escuadra griega.

En Eubea los turcos tuvieron que reclamar el auxilio de Omer-Vrione, quien hacía allí la guerra con éxito, aun cuando el 27 de Julio fué rechazado al atacar á Chalkis, pero se desquitó del fracaso corriendo á Athenas, en donde hizo levantar el bloqueo del Acrópolis. De modo, que aquí como en todas partes lo que vemos es lo propio de una guerra de guerrillas, triunfos y reveses de una y otra parte, pero nada decisivo.

La insurrección de Macedonia no fué la obra de los insulares ni de los hetairistas, sino el resultado de la invasión ó entrada de Ypsilantis que llegó allí tan exagerada que su aparición se creía inminente.

«Fué en el monte Sacro, en la república de los veinticuatro conventos de la península del Athos, en donde se dió el grito por haber sido ganados los monjes, bien conocidos por su piedad á la causa de la insurrección, por el hetairista Manuel Papas. Una vez fanatizados, agitaron los monjes los distritos mineros, el país de Chaissa y á los pobres moradores de la península de Kassandra, que apenas sabían de lo que se trataba.» El movimiento se anticipó y tomó desde luego un carácter resuelto por las medidas que para sofocarlo tomó Yusuf Bey de Salonika, hijo del poderoso Ismal Bey de Seres, con el propósito de proteger la industria del país, pues al recibir la primera noticia del movimiento, hizo empalar á los rehenes que había exigido, hizo decapitar al obispo de Kyros y metió en la cárcel á más de tres mil cristianos.

Estas crueldades y excesos dieron el resultado

que siempre producen desmanes tan grandes y la insurrección tomó carácter de gravedad, formándose dos campos á las órdenes de Manuel Papas y de Chapsas de Kassandra, y á punto estuvieron de apoderarse de Salonika, cuando la presencia casual de un cuerpo de tropas mandado por Bairam-Pachá, que iba á reforzar á Vrione-Pachá, les hizo desistir de su empeño, trabándose una serie de combates, en uno de los cuales murió Chapsas, consiguiendo empero su gente mantenerse contra los turcos parapetados detrás de las defensas naturales de la península de Kassandra, la antigua Pellene.

¿Qué hacía en tanto la Puerta?—Avisada ó no por Inglaterra de los manejos de los hetairistas de lo que la acusó Ypsilantis, pero avisada positivamente por Austria y por Ali-Pachá más tarde, el gobierno turco no había hecho caso de nada, ya por pereza ó por incuria, ya porque le pareciera sospechoso cuanto se le decía.

Estalló el movimiento en los Principados y tampoco la Puerta le dió importancia en vista de la solicitud del embajador ruso Stroganov, quien aseguró á la Puerta no ya solo la neutralidad de Rusia, sino su resolución á apoyar hasta materialmente á la Puerta para sofocar la revolución de los Principados. Stroganov, sin embargo, había procurado poner en salvo á los más comprometidos de los comerciantes griegos de Constantinopla, siendo estos recibidos en Odessa como héroes y mártires de su patriotismo. Entonces la Puerta para poner á prueba Rusia y cuando ya la insurrección de los Principados iba de vencida, le pidió al embajador la extradición de los súbditos de la Puerta refugiados en Rusia, á lo que venía obligada esta potencia por los tratados, pero Stroganov se negó con excusas marcando este momento el primer disgusto entre la Puerta y Rusia.

Fué entonces conociendo la Puerta los proyectos de los hetairistas y ciega de furor pensó en exterminar en un solo día á la población griega entera de Constantinopla y se hubiera llegado á ello, pues se trató del asunto formalmente en el divan, si Said Effendi, que continuaba viendo claro el peligro que amenazaba á Turquía, no hubiese propuesto que se consultare el caso con el mufti, quien se atrevió á declarar que la ley,—el Corán,—prohibía que se mezclase la sangre del inocente con la del culpable. El buen mufti que ahorró á la humanidad un día de luto y á su patria una gran vergüenza, fué destituido y desterrado, y de la misma manera lo fué el gran visir Ali-Rhiza-Pachá, á quien reemplazó Benderli-Ali-Pachá; esto sucedía el día 28 de Marzo, y al si-

guiente día ya que no se había podido hacer caer las cabezas de los griegos, se cortaron las de sus principales representantes, que no habían sabido ponerse á salvo con tiempo. Skanavis, Miguel Manos, Theodoro Rhizos y Photinos fueron, en efecto, decapitados el 29 de Marzo como reos de alta traición.

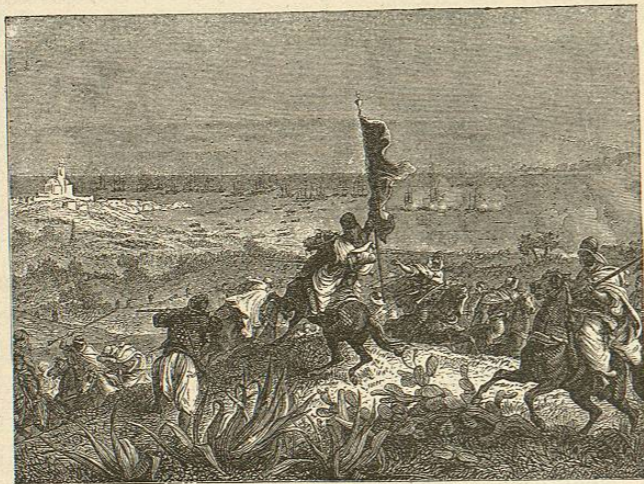
Pero estas ilustres víctimas no eran bastantes á satisfacer el furor de la Puerta, y el sultán en el mismo decreto en que elevaba á Benderli á las funciones de Gran visir, le ordenaba que llamara á los osmanlis á la defensa de la patria en peligro, excitando con esto el tan fácilmente excitable fanatismo religioso de los turcos. Desde este momento, pues, la tranquilidad desapareció de Constantinopla y la ejecución del drogman Constantino Mourouzis y de su hermano, que era el drogman de la escuadra, por sus relaciones con Petro-Bey y sus infieles traducciones de las proclamas de Ypsilantis, á lo que le decidieron dos embajadores de las grandes potencias que de otra manera no los designó Wadhington, no hizo más que extremar los desórdenes y el terror que reinaban en Constantinopla, subiendo las cosas de punto al ver un día atacadas por el populacho las embajadas de Rusia y España; pues nuestro embajador no solo protegía el movimiento griego con sus simpatías, sino que bajo su protección un napolitano introdujo la masonería en Constantinopla. En vista de esto, reclamaron colectivamente los embajadores, y Benderli,—21 de Abril,— se apresuró á salir garante de su seguridad.

No quiere esto decir que la Puerta cesara en sus rigurosas medidas, antes al contrario, al saber la extensión del movimiento griego, viendo claro que esto no se había podido preparar sino mediante la connivencia de los jefes todos del pueblo griego, resolvió apoderarse de éstos y hacerles expiar el levantamiento de su patria. Al efecto, convencido de la participación del Gran patriarca, quien, en verdad, si en público desautorizaba el levantamiento, de oculto le favorecía, esperó á que celebrara la misa de noche de la Pascua,—22 de Abril,—para echarle mano y hacerle ahorcar delante de la puerta de la iglesia patriarcal. La misma suerte sufrieron los metropolitanos de Efeso, de Nicomedia y de Andrialo.

Pero no fué esto solo, sino que sobre haber ahorcado al Patriarca y á dichos obispos el día de Domingo de Pascua, se dejó luego que su cadáver fuera arrastrado por los judíos al mar, de modo que la Puerta lograba en un momento indisponerse con todos los pueblos cristianos y dar á la guerra de la independencia de Grecia un carácter religioso, que

es el que hace imposibles los acomodamientos y las transacciones.

Stroganov, más que ningún otro, hubo de sentir todo el dolor de aquellas indignas escenas que presencié impasible y aún presidió el fanatismo del sultán y decidió ser tanto más enérgico en sus reclamaciones, cuanto que el partido intransigente acababa de apoderarse del poder; pues el Gran visir había sido depuesto y desterrado «por su estupidez al oponerse al justo castigo de esa miserable nación de los griegos y por haber enfriado el entusiasmo de los musulmanes» según decía el decreto de nombramiento de su sucesor Hadji-Salik-Pachá. Stroga-



Los turcos se oponen al desembarco de la escuadra griega en Cipro

reclamó Stroganov con más altanería de la debida. Este incidente, que por la posición que había tomado Stroganov había de acabar ó con su retirada ó con las buenas relaciones entre Rusia y Turquía, todavía se agravó con la disposición dictada por el gobierno turco de poder detener todos los buques cargados de trigo que atravesasen el Bósforo, para quedarse de su cargamento la parte que estimara conveniente en interés de la capital, pero principalmente para molestar y arruinar el comercio ruso-griego, y con la creencia de que dichos buques aprovisionaban la insurrección helénica. Todo esto unido á nuevas prisiones y ejecuciones de obispos, —16 de Mayo,—dieron lugar á nuevas notas cada vez más enérgicas de Stroganov, que amenazaba ya con retirarse.

Entonces la Puerta, positivamente aconsejada por el embajador inglés Strangford, se dirigió directamente al tsar por medio de Metternich, con el intento de conseguir la destitución del embajador ruso,—27 de Junio.—Pero si el consejo fué hábil la

nov, pues, en sus reclamaciones, acababa advirtiendo á la Puerta que había pedido un buque para su seguridad y la de los suyos. Mas como la Puerta notara que el cuerpo diplomático rompía su unión, pues la gravedad de los hechos, á la vez que daba alientos á Stroganov, siempre antiturco, causaba recelos á los que temían hacerse cómplices de su política, particularmente á Inglaterra que desde luego se aisló, la Puerta, lejos de aprovecharse de esa circunstancia para cambiar de línea de conducta, como si se propusiera exasperar á Rusia, puso preso á un griego llamado Danesis, que era el banquero de la embajada rusa y cuya vida y respeto

ejecución fué torpe, porque el Gran visir, lejos de hacer recaer en él la responsabilidad de las cuestiones pendientes, le exigía responsabilidad por haber trabajado para que Ypsilantis encontrara un refugio en Austria, porque no consentía la extradición de Miguel Sautsos, porque se oponía á que la Puerta destruyera la nación entera de los griegos, etc. Es decir, hacía el Gran visir á Stroganov responsable de actos que ahora el tsar había de apadrinar.

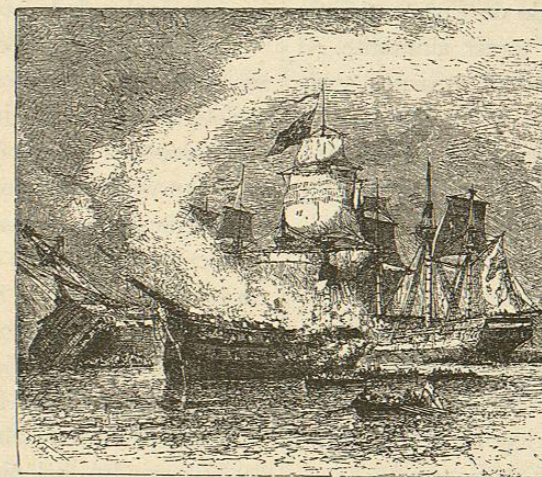
En efecto, mientras iba de viaje la nota del Gran visir, cruzábase con ella la de Alejandro,—28 de Junio,—que era un verdadero *ultimatum*.

Alejandro, en vista del carácter que había dado la Puerta á su resistencia contra los griegos, creyó que debía someter la cuestión á la Santa Alianza, pues al fin y al cabo, decía, lo que se hace en Turquía es una guerra de destrucción contra el nombre cristiano. Las potencias de la Santa Alianza quedaron aterrizadas al ver de qué manera iba á comprometerlas contra Turquía, y como el propósito de Alejandro era firme, porque naturalmente había de ser

él quien saliera en defensa de los prelados griegos, en cuyo favor el Papa no hizo nada, Alejandro hacía un crimen á la Puerta de esa guerra de religión que había encendido. «Dadas estas circunstancias,—decía en su nota,—la posibilidad de la coexistencia ulterior de Turquía al lado de otros Estados europeos dependerá de tres condiciones, á saber: que la Puerta no amenazará á la religión cristiana con la guerra y el insulto; que no dará motivos para hacer sospechar que quiera destruir á todo un pueblo, y que en último caso favorecerá el afianzamiento de relaciones amistosas entre todos los pueblos de Europa, y no turbará la paz alcanzada al precio de tantos y tan

grandes sacrificios.» Esta era la primera vez que se ponía á discusión la existencia de Turquía en Europa, y el atrevimiento diplomático de Rusia hubiera sido grande si desde luego no se hubiese cubierto con el manto del interés general, del interés europeo que Rusia se decía representar.

Exigía Rusia, en fin, para continuar bajo el pie de buenas relaciones, que la Puerta reconstruyera las iglesias que habían sido destruídas, que concediera á la religión cristiana la protección que hasta entonces había disfrutado, que estableciera una línea de división entre los culpables y los inocentes, que sacara sus soldados de los Principados y estableciera allí



Los brulotes griegos

una administración regular y nombrara los nuevos hospodars, todo lo cual, «caso de no hacerse, justificaría la defensa de los griegos y obligaría á Rusia á concederles un asilo y socorros.»

Terminante era la nota, y todo el arte y disimulo de los pueblos orientales era poco para disimular la gravedad de las reclamaciones del tsar. El embajador inglés, menos diplomático que los diplomáticos turcos, no veía en la nota del tsar, sino la formal declaración de que no haría nada sin el concurso de las grandes potencias, ó de la Santa Alianza, que, decía el embajador, no obtendrá jamás; pero en contra de ese modo de ver estaba la actitud de Stroganov, que exigía una contestación dentro de ocho días, lo que ponía furiosos al sultán y á sus ministros, porque estimaban esto como una descortesía y un quebrantamiento de las formas.

La nota no fué contestada en su día y Stroganov pidió sus pasaportes. Intervinieron las súplicas de la Puerta y de Inglaterra para que el embajador ruso no se retirara, lo que hasta pensó en impedir la

Puerta por la fuerza, y para que aceptara la respuesta que se ofrecía ya escrita el 27 de Julio cuando el internuncio, Lützov, el mediador entre Rusia y Turquía en los Principados, anunció á Stroganov que la Puerta iba á entrar por un nuevo camino; en efecto, á causa de las reclamaciones y amonestaciones de Inglaterra que aconsejaba á Turquía á que accediera á lo que Rusia pedía, ésta había dado contraórdenes para que cesara la persecución desenfrenada que se hacía contra los griegos en todo el imperio. Pero si esto pudo detener á Stroganov y hacerle recibir la respuesta, con esto no se conseguía mejorar la situación, porque Turquía, creyendo que tenía todo el tiempo que pudiera desear por delante, se metió á hacer reconveniones cuando se le exigían explicaciones, sin escuchar en este punto ni al embajador inglés ni al prusiano.

Stroganov no pudo, pues, darse por satisfecho, replicó á su vez, contestó nuevamente la Puerta y el embajador ruso se retiró de Constantinopla, el día 10 de Agosto, precisamente cuando más se ha-

cia sentir el cambio de la Puerta, que conmutaba la sentencia de muerte impuesta á Danesis por la de extrañamiento perpétuo de Turquía.

Con esto no desarmó Rusia que decía que los hechos no correspondían á las afirmaciones de Turquía, aunque esto aseguraban Austria é Inglaterra que se mostraban más ó menos resueltas á dar su apoyo á Turquía.

Para formarnos cargo completo de la situación de la Puerta, hay que tener idea de la acción de otra fuerza destinada á influir en gran manera en la guerra de la independencia helénica.

La armada griega, fuerte de cincuenta y dos velas, se hizo á la mar el 30 de Mayo para operar contra la armada turca que había salido de Constantinopla el día 19, bajo el mando de su tercer almirante. Al parecer la escuadra turca se dirigía á Samos, y saliendo á su paso la griega topó en Lesbos con un navío de dos puentes y de setenta y cuatro cañones, la *Montaña móvil* que formaba en su vanguardia y que al ver la escuadra enemiga fué á buscar un asilo en el puerto de Erisso en la costa occidental de Lesbos. Allí se dirigió la escuadra griega, que después de haber intentado incendiar el navío con brulotes que nadie sabía disponer, lo conseguía al fin volando el navío turco con toda su tripulación. Este triunfo alentó á los marinos griegos que decidieron levantar á Lesbos y apoderarse de Smyrna.

Tenía de arriesgado este plan el estar rodeadas las ciudades griegas de Asia menor, de gente feroz y decidida, fanática al último grado, y envidiosa de las poblaciones florecientes de la costa; así cuando la escuadra helénica quiso libertar á Kydonia lo único que consiguió fué entregarla al pillaje y al incendio de tales vecinos, buscando los pobres habitantes de Kydonia, un refugio en Psara ó á bordo de la escuadra, —24 de Junio,—y lo mismo sucedía en Smyrna en el mismo día.

Habían llegado juntas á Smyrna las noticias de la voladura del navío turco y de la destrucción de Kydonia, lo que fué motivo sobrado para que el populacho se arrojara sobre las casas de los comerciantes de Smyrna, las saqueara, incendiara y atropellara á todo el elemento europeo; pero lo que se quería era un degüello general, á lo que se oponían las autoridades turcas, pero su oposición no pudo impedir que un buque sardo, que tenía ya recogidos más de doscientos fugitivos griegos, fuera asaltado por los de Smyrna y por los algerienses que había en el puerto, cayendo todos los griegos en manos del pueblo para ser reducidos á esclavitud los menos, para ser entregados á la muerte los más. La

tripulación del buque sardo con su capitán y todo fué ahorcada, sin respetar la bandera del reino de Cerdeña, y para befa de los europeos se le puso en la boca del pobre capitán un cigarro. De un buque ruso fueron también arrancados siete griegos, que marieron todos asesinados.

Mientras esto sucedía en Smyrna, en Cipro el gobernador turco, para impedir que en ella estallara la revolución, de la que no era en modo alguno partidario al clero, entregaba á éste al verdugo. El arzobispo fué ahorcado; tres obispos fueron decapitados, y durante treinta días, más de doscientos individuos, la mayor parte gente de consideración, sufrieron igual suerte, sin más motivo que el ser de los principales de la población griega.

En Candía las atrocidades turcas llevaron á los más decididos á las montañas: dos arzobispos, seis ó siete obispos y multitud de clérigos y laicos fueron ahorcados y decapitados. Las mujeres y los niños eran vendidos como esclavos en los mercados. Cuando hubo cesado ese furor sanguinario por falta de víctimas, dirigieron los turcos sus soldados contra los montañeses de Sphakia, quienes les batieron de una manera tan completa que aún les mataban la gente doce horas lejos del campo de batalla en donde ésta había durado por espacio de siete horas.

Mientras esto pasaba en las islas, una división de la escuadra helénica aparecía en el golfo de Corinto y apoyaba las operaciones contra Lepanto.—Otra división se presentó en Patras, lo que bastó para que los turcos abandonaran á Missolonghi,—1.º de Junio,—que se unió á la insurrección.

La escuadra griega bombardeó á Lepanto, y los turcos la abandonaron después de incendiarla, pero ya nada más se consiguió, porque la armada griega, como en los tiempos de Themistocles, no se hacía á la mar sino por en tiempo dado, treinta días, y con un jefe movable, de modo que todas las operaciones combinadas con la escuadra fracasaban por esta manera de hacer la guerra á la antigua.

Esta fué la causa también del fracaso de la expedición de los jonios contra Lala, colonia turca, que Yusuf-Pachá pudo salvar después de un rudo y sangriento combate glorioso para los jonios, pero en el que fueron severamente castigados.

Fué también causa la escuadra griega, del levantamiento de la Akarnania y de la Etolia que pusieron en grave apuro á Chourchid-Pachá, que continuaba pegado á Janina para rendir á Alí. Como Chourchid no podía consentir que le cortasen las comunicaciones ni con el mar ni con Grecia, hubo una

gran serie de combates con varia suerte, pero no sin lograr al cabo Chourchid verse libre en sus movimientos. No hubiera sucedido así, si los que combatían al rededor del Seraskier hubiesen obrado con unidad y energía, pero combatiendo cada partida por su cuenta, Chourchid pudo alejar á su enemigo que no pudo avanzar gran cosa dentro de los actuales límites del reino de Grecia.

¿Qué hizo la armada turca en tanto? La escuadra turca se vió privada de su almirante que de tan miserable manera había dejado que acabara su navío de vanguardia, encargándolo el gobierno turco al capoulan Kara Alí, que se presentó al frente de treinta velas el 15 de Julio, delante de la isla de Samos.

Samos estaba pronta á recibir la escuadra y su cuerpo de desembarco por haber organizado fuertemente el gobierno de la isla el médico Jorge Logothetis, á quien sus conciudadanos llamaron Licurgo por sus leyes y talento organizador; pero éste no pudo hacer de sus batallones soldados aguerridos, y á los primeros cañonazos de la escuadra turca se desbandaron. Sin embargo, si con esto hay que contar siempre que se trata de gente bisoña y no sometida á una rigurosa disciplina, hay también que contar con que basta la energía de unos cuantos para volverlos á todos al cumplimiento de su deber; y esto es lo que sucedió, pues habiendo permanecido Licurgo con cincuenta hombres firmes al pié de una batería, la gente se rehizo de su terror pánico y Licurgo pudo impedir el desembarco de la tropa que llevaba la armada turca. Mandó entonces Kara Alí por más gente á Asia, pero sus transportes se encontraron el día 20 de Julio con la escuadra griega, fuerte de noventa velas, que acudía en socorro de Samos, faltándoles tiempo á los capitanes de los buques turcos para embarrancar sus buques en la costa asiática, lo que no impidió el que fueran incendiados todos. Una tempestad dispersó luego á entrambas escuadras, pero al reunirse sus buques había ya pasado el mes de servicio de la escuadra helénica que se desbandó, volviendo la marinería á sus casas sin que ruego alguno pudiera detenerlos, mientras la escuadra turca se dirigía al golfo de Lepanto para cooperar en la empresa de hacer levantar el bloqueo de Tripolitsa.

Hemos dejado á Tripolitsa rodeada ya por los griegos que, naturalmente, se habían crecido después de la batalla de Valtessi y ahora en el momento crítico encontramos en el semi-círculo de combate que formaban apoyados en las pendientes del Trikorpha: en el centro á Anagnostaras con mil hom-

bres; en la izquierda con dos mil quinientos á Kolokotronis, y en la derecha á Giatrakos con mil quinientos. La retaguardia mandada por Petrobey y fuerte de mil quinientos hombres, estaba un poco más encaramada por la montaña. El mando de toda esta gente, que de nombre estaba en Petrobey, de hecho estaba bajo Kolokotronis, á quien se dejaba hacer gracias al alto patriotismo del bey de Maina y á su noble desinterés.

Pero hé aquí que de pronto suena en el campamento la voz de la llegada del Mesías libertador, del hermano de Ypsilantis, de Demetrios, que había conseguido atravesar por Austria sin ser conocido y llegaba al Peloponeso después de haberse embarcado en la misma Trieste.

Todos los jefes, incluso Kolokotronis, el menos dispuesto por su entereza, se pusieron á las órdenes de Demetrios Ypsilantis, que se presentaba allí como delegado de su hermano, que lo era á su vez de aquel gobierno misterioso en el cual todos creían, incluso los que lo habían creado, curiosa ilusión, no rara en épocas revolucionarias. Con Demetrios llegaban también una cincuentena de griegos educados en Francia y Austria que debían encargarse de la administración del país, cuando la mejor organización en aquellos momentos, era la que ya le había dado la insurrección.

Demetrios Ypsilantis era todo un soldado, pero no más que un soldado, sabía jugarse la vida en cien combates, era tenaz en sus resoluciones, era bueno, leal, humano y conservaba siempre en la buena y en la mala fortuna el mismo humor. Pero era pequeño, calvo, de maneras tímidas, hablando con la nariz, y aún cuando no tenía más que veinticinco años aparentaba tener ya cuarenta. Luego tenía necesidad su temperamento flemático de dormir mucho, y no sabía tratar á los honbres, ni tenía la elocuencia que las circunstancias exigían del hombre á quien se entregaba el gobierno absoluto de Grecia.

Si los jefes militares se entregaron sin reparo al gobierno de Demetrios, los jefes civiles, los primados, no estaban dispuestos á someterse con igual docilidad al hombre de quien decían que tenía «la cabeza rusa y el corazón griego,» y estos hombres á lo que se sometían era á que presidiera el Senado que habían formado para gobernar la Grecia, cuya presidencia Demetrios rehusó con el mismo tesón con que ellos rechazaban entregarse á su gobierno.

En estas disputas se pasó el tiempo que se necesitaba para apresurar la caída de Tripolitsa, de lo